

LA MADUREZ DE LA FE

La fe tiene su historia en la vida de cada hombre. Todo bautizado, debe pasar de su fe infantil a una fe adulta convirtiendo su corazón al «solo Dios verdadero» revelado en Cristo. Sólo mediante esta conversión se llega a una madurez auténticamente cristiana.

Vers la maturité de la foi, Nouvelle revue théologique, 80 (1958), 673-682

INTRODUCCIÓN

Toda madurez cristiana supone como fundamento una fe madura. Muchas de las crisis y dificultades posteriores, ¿no podríamos explicarlas por la insuficiencia de una fe que se ha quedado corta, incapaz de motivar sólidamente las decisiones y compromisos futuros?

No vamos ahora a analizar críticamente la madurez humana y la madurez espiritual. Bástenos señalar tres criterios característicos de la edad espiritualmente adulta que darán la perspectiva sobre la madurez de la fe:

El adulto espiritual es el hombre que ha logrado una primera unidad de su personalidad y de sus facultades, que no vive de impulsos sino a base de convicciones.

El adulto espiritual es el hombre que procura elevar su vida a un nivel consciente, que se da cuenta de los motivos de sus decisiones y de la orientación de su vida.

El adulto espiritual es el hombre que toma en serio las visiones de conjunto: la orientación global de su vida, de los complejos sociales y políticos. Es capaz de asumir responsabilidades duraderas sobre la totalidad de su vida o de un sector de la realidad humana. Ayudándonos de este breve diagnóstico sobre la madurez humana y cristiana, intentaremos describir las señales de una fe adulta, explicitando sus exigencias, bajo la perspectiva de la educación de sí y de los otros en Cristo. Búsqueda que se inspira en las palabras de san Pablo a los Efesios: "Ya no seremos niños fluctuantes, ni nos dejaremos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error...", sino que "llegaremos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al varón perfecto, a la edad perfecta que conviene a la plenitud de Cristo" (4,13-14).

Pero ya desde ahora, dos presupuestos dogmáticos deben retener nuestra atención, para que no veamos tan sólo el aspecto psicológico de lo que se va a exponer.

La fe es una gracia. Nadie llega a la fe si no ha recibido del exterior la llamada del Dios que le habla y no experimenta en su interior la cordial adhesión al Dios que se manifiesta y llama. Además la gracia de la fe tiene siempre una historia en la vida de cada creyente: tiene sus tiempos y sus edades.

El bautismo es el sacramento de la fe. Es decir, el bautismo recibido desde la infancia, no sólo otorga la gracia de la fe, sino que la exige de parte del hombre. El bautismo exige de parte del catecúmeno adulto una fe probada; y de parte del que lo recibió en la infancia, un desarrollo progresivo. Dios raramente concede resultados definitivos. Así pues, más que guardar la fe, se trata de crecer cada día más y más en la fe del bautismo.

Con este enfoque nuestra reflexión se centrará en tres puntos. La madurez de la fe implica la *conversión del adulto*.

Esta conversión del adulto supone el hallazgo y el reconocimiento del Dios *único y verdadero*.

Por último, la fe madura introduce toda la personalidad del creyente en la *unidad del misterio de Cristo*.

LA CONVERSIÓN DEL ADULTO

Conversión del corazón

Ya sabemos lo que significa en el lenguaje corriente la distinción entre convertidos y no convertidos. Pero esta distinción, ¿no es peligrosa en la medida en que pueda dejar entender que el bautizado desde niño puede ya ahorrarse la conversión?

Una historia vivida ilustrará lo que acabo de decir. Diez jóvenes adultos acaban de ser testigos del bautismo de uno de sus amigos de 25 años. Su conversión les mostró todo lo que suponía aquella seria decisión. Un hombre, ayer pagano, rompía con su tradición. Ellos habían sido bautizados de niños y tenían una educación cristiana.. El sacerdote ministro del bautismo les preguntó: Suponed que no estáis bautizados, ¿podrías testimoniar con toda sinceridad que vuestra fe y vuestro compromiso con el cristianismo soportaría ahora una decisión tan seria y difícil como la que ha llevado a Juan al Bautismo? Tan sólo dos respondieron afirmativamente. Los restantes confesaron con sinceridad que su fe no tenía la firmeza de una convicción personal.

¿Qué les faltaba a esos cristianos sino la conversión a una fe adulta que les habría conducido del estado de niños al de bautizados convencidos y personalmente comprometidos?

¿Qué es convertirse? Para responder de un modo satisfactorio sería preciso analizar el concepto neotestamentario de "metánoia", cuya traducción más aproximada sería la de "conversión del corazón". Recordemos los datos principales.

El corazón, según el Evangelio, es el centro de la personalidad, el núcleo de la acción y de la comunicación de las personas con Dios, el nudo de las decisiones que comprometen el espíritu y la voluntad, la libertad y la fidelidad; la conciencia-moral como llamada y juicio de Dios. En una palabra, el hombre vale delante de Dios y de sí mismo lo que vale su corazón. Por esto Jesús colocará en el centro de su religión la responsabilidad que el hombre adulto toma frente a la Palabra de Dios, para salvarse o condenarse: "Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón" (Mt 6,21).

Frente a la irrupción y a la llamada de Dios el corazón humano deberá tomar posiciones. Según la terminología del Nuevo Testamento, el corazón se encontrará entonces abierto, iluminado, ardiente, obediente, decidido, sincero, puro, conmovido, creyente. O bien, por el contrario, estará ciego, endurecido, impenitente, sin comprensión, rodeado de tinieblas, dudoso, infiel.

La conversión en las solas ideas, un cambio puramente intelectual, no sería la conversión evangélica. Tampoco lo sería una conversión de la sola sensibilidad o del

sentimiento religioso, ni la que tratara de modificar únicamente la situación del hombre consigo mismo en el plano ético. El creyente debe tomar posición con todo su ser, con todo lo más profundo que constituye su personalidad, -con su corazón- frente a la Palabra de Dios que le llama. El corazón que ha acogido la Palabra se convierte en un corazón habitado por Dios, por Cristo y por el Espíritu. "Que Cristo habite en vuestros corazones por la fe", dice San Pablo a los Efesios (3,17).

Convertirse será, pues, aceptar el mundo de juicios y valores de Jesucristo, las exigencias de la vida según El mismo, su concepción de la felicidad y comprometerse totalmente con ello. Acoger en mí -en mi corazón- una mentalidad nueva, que es la de Jesucristo. Porque la fe cristiana no consiste solamente en tener por verdaderas las afirmaciones de Dios, sino que supone una orientación de toda la existencia del creyente cara a Dios.

La conversión evangélica supone siempre un cambio del corazón. El pecador penitente renuncia a su vida pasada y se adhiere total y personalmente a Jesucristo reconocido a través de sus signos como presencia y salvación para todo hombre que abre su corazón a la llamada del Evangelio. El Nuevo Testamento no hace sino precisar la naturaleza de esta conversión del corazón que ya el Antiguo ponía en el centro de la predicación profética.

La Iglesia de Jesucristo tiene la misión, hasta el fin de los tiempos, de proclamar a todos lo que ya Jesucristo anunciaba al comenzar su ministerio: "El Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15).

A los cristianos ya convertidos, pero con una fe sin vigor ni dinamismo, la Iglesia debe predicarles la conversión para suscitar una decisión más plena y constante de su corazón.

A los niños y adolescentes bautizados, la Iglesia debe predicarles la conversión para que maduren en ellos una fe que polarice su corazón, a la edad en que cristaliza la personalidad.

A los bautizados adultos, poco convencidos y formalistas, la Iglesia debe predicarles la conversión para sacarles de su infantilismo y llevarles al estadio de bautizados en pleno ejercicio que exige su madurez.

A los incrédulos, en fin, la Iglesia debe, como en los primeros tiempos, lanzarles la llamada que conduce al bautismo, con toda la urgencia misionera que contiene el Evangelio de Jesucristo.

Etapas de la conversión

Así pues, toda educación de la fe debe proponerse como meta esta conversión cristiana, sin la cual no hay madurez espiritual. No se llega a ella en un día, y si bien es verdad que una primera unificación de la personalidad bajo el signo de la libertad constituye una exigencia condicional de la conversión, se puede afirmar que el niño no es todavía capaz de ella, mientras que el joven da ya señales de su posibilidad.

La fe del niño brota casi enteramente del medio en el cual vive. Su fe nace de la fe de aquellos que le rodean, así como su libertad participa de las, elecciones de los adultos con los cuales convive.

El adolescente realizará una primera confrontación de su fe de niño con los descubrimientos que se presentan a su libertad juvenil: descubrimientos subjetivos de su cuerpo y de sus pasiones, de su poder de emotividad, de reflexión y de ideal. ¿Se dejará hundir en el cúmulo experimental de sus riquezas interiores? ¿Dudará en reconocer a Jesucristo como Maestro de vida? ¿O querrá someterle las fuentes de su joven personalidad que acaba de descubrir?

En el umbral de la madurez, una nueva confrontación sacudirá la fe del adolescente. Confrontación de la llamada de Dios, no ya con la riqueza de la subjetividad, sino con las proposiciones de la vida que se presentan a la libertad de los. adultos: valores del trabajo, del amor, de la presencia creadora en un mundo que se está haciendo, de la personalidad social. ¿Reconocerá el adolescente creyente de ayer, todavía idealista y sentimental, que Jesucristo tiene un significado absoluto para toda su vida de hombre en proyecto, con una conversión más firme, prelude de su conversión de madurez? ¿Escogerá pertenecer resueltamente a Cristo? ¿O más bien optará por la vida pagana que se le ofrece, dejando en un rincón de su personalidad la "fe menuda" de su infancia y de su adolescencia?

EL DIOS ÚNICO Y VERDADERO

En todas las edades la fe cristiana viene motivada por el Dios de la Revelación: creer en Dios es siempre, para el cristiano, creer en el Dios de Jesucristo por la llamada y bajo la gracia de Dios. Pero los motivos humanos para interesarse por Dios son diversos y, bajo la presión de estos motivos, ocurre que los cristianos se agrupan, en nombre de su fe, bajo tal o cual Dios de determinadas "filosofías" o "religiones" o "sociologías", que no tiene el aspecto del Dios de la "Revelación". Mientras el motivo cristiano de adhesión a Dios no domine los otros motivos, o mientras el Dios del Evangelio de Jesucristo no sea reconocido en su originalidad, no habrá lugar para una fe adulta, pues la conversión de que hemos hablado es la conversión hacia Aquel que Cristo llamó "el solo verdadero Dios" (Jn 17,3).

Pues hay concepciones de Dios que corresponden a una religión infantil: el "dios de los primitivos", demiurgo que obra en el mundo de la naturaleza y suscita el terror sagrado; el "dios augusto", soberano; que tiene necesidad de servidores e impone sus deberes; el "dios del orden social", que garantiza las seguridades de los prudentes y ayuda a las sociedades humanas en su orden...

Hay concepciones de Dios que corresponden a una religión adolescente: el "dios de los románticos y de los estetas", que llena la inquietud del sentimiento y a veces incluso la necesidad de folklore; el "dios de la moral", que es un simple motor auxiliar del ideal caballeresco o moralizante; el "dios de la trascendencia idealista", puro espíritu, que sólo se interesa por las almas individuales...

Es casi imposible que la fe del niño o la del adolescente no tenga, de una manera provisional, alguno de estos rasgos. Pero el progreso de la fe consiste precisamente en

denunciar como insuficiente, si no falsa, una adhesión que estaría motivada tan sólo, o casi exclusivamente, por el instinto religioso, o por el sentido de lo sagrado, o el sentido moral, o la búsqueda de seguridades humanas, o incluso por la necesidad de calma psicológica.

Sólo se dará una fe adulta cuando el cristiano descubra al Dios viviente y personal que ha hablado al hombre; al Dios Padre que, sin paternalismos, llama al hombre libremente a la adopción filial; al Dios Amor que nunca se aparta de su dulzura, aun cuando exige y juzga; al Dios Santo que nos pone en marcha hacia un destino sobrehumano y hacia una nueva clase de felicidad; al Dios Rey que, presente en la historia, pretende en ella la realización de su plan con la colaboración de todos los hombres.

Es muy importante que veamos claramente la distinción que existe entre la fe y el sentido religioso (sea en el orden del instinto, o en el del sentimiento, o incluso en el de la virtud natural de la religión). El hombre es naturalmente religioso pero no es naturalmente creyente o cristiano.

El sentido religioso se alimenta de lo sagrado que, bajo formas diversas, propone al hombre una cierta trascendencia, seguridad y salvación frente a sus limitaciones, sus fracasos y a la fragilidad de sus experiencias. Esta necesidad de lo sagrado y este sentido religioso son al mismo tiempo positivos y negativos por lo que respecta al reconocimiento de la trascendencia cristiana. Negativos en la medida en que el hombre religioso se satisface con una trascendencia mítica. Negativos también en la medida en que él se contenta con una trascendencia de la que no espera sino la respuesta a su búsqueda natural de plenitud humana.

Pero cuando el Dios de la Revelación interviene y llama al hombre, pone en tela de juicio esta misma búsqueda natural de plenitud. No porque la niegue, sino porque la trasciende, la purifica, la hace estallar y la invita a acomodarse a los planes de Dios. Dios no quiere tan sólo ayudar al hombre a desarrollarse según sus propios ideales y concepciones, sino que El se apoya en la insatisfacción profunda del hombre para suscitar de nuevo la cuestión de la felicidad y del destino personal y colectivo. Aun cuando el hombre llegase a satisfacerse con la felicidad humana más completa, Dios aún podría hablarle y la fe tendría aún todo su sentido, sin ninguno de los equívocos del sentimiento religioso.

Así, los primeros cristianos se llamaron a si mismos creyentes, para distinguirse de los paganos que eran a menudo hombres religiosos. Porque estaban convencidos de que la fe cristiana inauguraba relaciones totalmente nuevas con Dios. La fe engloba, purificándola y trascendiéndola, toda religión. La fe es incompatible con la religión supersticiosa o mágica. La fe adulta no teme la desaparición de ciertas formas superficiales o infantiles de lo sagrado, ligadas a una cultura, o a situaciones históricas, o a estados psicológicos. Cuando el instinto religioso baja, la fe cristiana crece más pura y el sentido de Dios es más auténticamente cristiano.

Así pues, esta fe adulta da con el auténtico, sentido cristiano de Dios y constituye, bajo la forma de una conversión, el punto de partida y la fuente permanente de toda santidad. Todos los santos han vivido su conversión adulta al "Dios de Jesucristo" bajo la forma concreta del "Absoluto Evangélico". Es la historia de Francisco de Asís buscando en Dios la gloria que hasta entonces había buscado entre los hombres. Es la historia de la

noche mística de Pascua: "Tu Dios será mi Dios. Olvido del mundo y de todo fuera de Dios. No se le encuentra sino por los caminos que enseña el Evangelio... Alegría, alegría, alegría, sollozos de alegría". Elección absoluta de Jesucristo, testigo del Dios santo, y compromiso con la perfección evangélica.

Suscitar creyentes adultos supone educadores, profetas del Dios de Jesucristo, que denuncien sin cesar, en nombre de la fe, en ellos mismos y alrededor de ellos en la Iglesia, las falsas concepciones de Dios que se han introducido, como elementos extranjeros y paganos, en las expresiones ordinarias de nuestra fe en Dios; que luchen sin cesar por la pureza del motivo de la fe contra las tentaciones sutiles de magia, de idolatría, de devoción antropocéntrica y de idealismo, como lo han hecho todos los santos y los profetas de la tradición bíblica.

LA UNIDAD DEL MISTERIO DE CRISTO

Unidad del mundo de la fe

El cristiano adulto ha de poder responder rápida y brevemente a todo el que pregunte: "¿qué es ser cristiano? ¿qué creen los cristianos?" Pero creo que a la mayoría de los cristianos les molesta tal pregunta, pues no saben el porqué ni la finalidad de su Credo. El catecismo analítico les ha hecho poseedores de una serie de "misterios" yuxtapuestos. No ven el lazo que une entre sí todos los misterios de la fe, ni el orden de valor y de importancia de cada artículo dentro del conjunto. Su conciencia religiosa es una amalgama de proposiciones dogmáticas y de preceptos de moral sin cohesión.

La madurez de la fe debe remediar positivamente estas incoherencias, pues:

El Credo es un todo. Hay un sólo Misterio que es Cristo. Cada artículo de la fe ilumina un aspecto de este único Misterio. Los diversos "dogmas" deben relacionarse continuamente con su núcleo central: el amor que Dios ha manifestado a los hombres en la historia de salvación; el plan de Dios sobre la creación; la "Pascua", acontecimiento central en la historia; el "Reino" fundado por Cristo. Así como el amor humano permite comprender desde el interior la coherencia del comportamiento de la persona que ama, así la fe permite captar la coherencia de los diversos aspectos de la Revelación divina. Todo se sostiene porque Dios ha obrado con coherencia de amor en la historia de salvación. La fe del adulto supone que se ha comenzado a interiorizar el Misterio y que se ha penetrado la única realidad hacia la que apuntan todas las fórmulas del dogma.

Por consiguiente, el creyente adulto no pone en un mismo plano todas las afirmaciones de su fe: El Reino es más importante que el infierno, la Gracia que el pecado, el Espíritu Santo que el Papa, Cristo es más importante que la Virgen María. Lo cual conduce a colocar cada aspecto de la fe en su lugar, sin descuidar ninguno, pero sin dejarse llevar del temperamento o de los vaivenes intelectuales, o de las corazonadas, o de la proliferación anárquica de las devociones menores.

La unidad de la fe y de la vida

Una fe así introduce al creyente en el mundo real del Dios vivo que se ha hecho presente y actuante en la historia; tal fe no tiene nada que ver con una evasión de misticismo o de idealismo, ni con el miedo morbosos de las conciencias primitivas o románticas.

Esta fe supone un reconocimiento preciso, definido y sin equívocos de la identidad de Cristo: pero tal fe no se reduce a la "ortodoxia" verbal del que repite un Credo aprendido de memoria.

La fe adulta exige tal coherencia de conducta que la moral -y la vida militante no se le añaden desde el exterior. Cada aspecto de la revelación debe introducir en la vida consecuencias vitales: la paternidad de Dios funda el amor fraterno; la Resurrección de Cristo, el uso cristiano de la carne; la Comunión de los Santos, la vida de la Iglesia; el infierno, la seriedad de la libertad humana ante Dios... La unidad global de la fe y de la personalidad, sellada por la conversión, se ramifica según los diversos artículos del Credo, todos ellos concretos para la existencia cristiana. Poco a poco todo se vitaliza: las afirmaciones de la fe llevan a la vida, y la vida obliga a "realizar" tales afirmaciones. La vida bautismal no es más que la conversión progresiva de toda nuestra vida a la realidad del Misterio contemplado desde la fe.

Una fe así se expansiona como en su propio medio vital en la Iglesia de los creyentes, más allá de las oposiciones entre una fe personal, confundida con una fe individualista, y una fe comunitaria entendida de una manera gregaria. Tal fe es capaz de dar testimonio sin espíritu de cruzada y sin tolerancia liberal. Ser misionera es una exigencia de su propia naturaleza.

CONCLUSIÓN

Deduzcamos algunas consecuencias de las reflexiones que acabamos de hacer. Indiquémoslas a modo de conclusión.

En primer lugar, no se trata de un problema técnico sino de vida interior. No es posible llegar a adulto en la fe, sin el esfuerzo personal de todo el ser que se adhiere seriamente a Cristo. La seriedad moral y la observancia cultural no bastan. Tampoco el estudio teórico de las cosas de la religión. Todavía menos el solo ambiente sociológico de las tradiciones religiosas. Hay que añadir algo más.

Hay que meditar el mensaje cristiano contenido en la Escritura. Meditación seria que nos haga "penetrar" intensamente el diálogo que Dios ha entablado con los hombres, más que "ampliar" nuestro saber religioso. Luchar contra la pereza espiritual, contra el hábito superficial del prudente y comedido. Un mínimo de estudio teológico es absolutamente necesario, pero siempre la meditación personal debe ser la que lo suscite y prolongue. Es absolutamente necesario poder afirmar: "Yo estoy fundado en la fe", "Yo vivo en la fe", y no solamente "Yo tengo la fe".

Debemos reflexionar, a la luz de la fe, sobre la experiencia humana cotidiana y sobre los problemas del mundo. Reflexionar sobre el propio comportamiento y acción. Sólo entonces la acción aumenta y ahonda la personalidad del creyente. Obrando la verdad, -y sabiendo que se realiza- se penetra más en la luz y el realismo del mundo cristiano.

En esta reflexión vital frente a la Palabra de Dios la vida religiosa liquida sus impurezas: sus infantilismos sentimentales o sociológicos; el moralismo legalista; los formalismos; los falsos misticismos; los motivos puramente humanos. Sólo así responderá a las preguntas de los humanismos no cristianos de hoy.

Hay que participar activa y personalmente en la vida litúrgica de la comunidad cristiana en la cual la fe se recubre de vigor (con tal de que se trate de una vida litúrgica profunda y no de un folklore o de una evasión estética). El misterio litúrgico cristiano reafirma sin cesar lo esencial de la fe y coloca al creyente dentro de su realismo místico.

Los problemas del ateísmo contemporáneo pueden, en ciertas ocasiones, acelerar la madurez de la fe. No hay que arriesgarse sin guía, es cierto. Pero existen hoy ciertas formas de ateísmo que suponen una fe infantil. El creyente adulto debe intentar, más que refutarlas, trascenderlas con su vida práctica de fe.

Notas:

¹C. H. RATSCHOW, F. BAUMGÄRTEL, etc., Glaube, en Die Religion im Geschichte und Gegenwart, t. 2 (1958) c. 1586-1611. Nueva edición.

Tradujo y condensó: MANUEL MARCET